LA LEYENDA DE JUAN GARÍN Y EL MONSTRUO DE CATALUÑA

MUY de mañana, es paseo de maravilla trepar por el abrupto camino que escala las piedras de Montserrat. Hasta que se gana la altura no se consigue la plenitud del sol, y el conjunto ciclópeo, en emocionante plástica, que parece aproximarse a un astro desconocido, en el que habitaron seres grandiosos y gigantescos, aparece aún aprisionando sombras nocturnas, que no salen del todo de las junturas de la roca y de las profundas cavidades, cuevas y grutas, que todavía nos hablan de la vieja mitología religiosa de la montaña. Las ramas del roble nos sirven a veces de sostén para no caer al abismo, y en la soledad y el silencia de esta mañana recién nacida, cuando aún no ha sonado la primera campana del Monasterio, encontramos verosímil la vieja leyenda de Adan Hechreiter, recogida, sin duda, en este mismo camino, del alegre asnillo que, sin que nadie le condujese, iba repartiendo la comida en los distintos cenobios, y era como el aviso de que bajasen las aves para picotear las migas de pan en las barbas de los ermitaños.

Sentado en una breve repisa, sobre el abismo, viendo en el fondo apretada, desde cualquier punto que se la mire de perfil, la fábrica del Monasterio, albergue de la Virgen que apareciere en esta montaña en la reconquista de esta tierra por el Conde de Barcelona, Wifredo el Velloso, que arroja a los moros del reducto de Montserrat, viene a mi memoria la imagen del ermitaño Juan Garín, o Guarín, o Guarino como el eje de la mitología de este rincón de maravilla, hecho, sin duda, para servir de escenario a la más grandiosa exaltación religiosa. Del 898 al 947 se obran aquí, en esta montaña, los más raros prodigios de heroísmo y de fe. Wifredo el Velloso funda los Monasterios de San Juan de las Abadesas y de Santa María de Ripoll. Nos hallamos en la plena veteranía de los reyes francos en Cataluña. Se hace entonces vitalicio y hereditario el feudo de Barcelona. Wifredo reúne en su gobierno los condados

de Barcelona, Gerona, Ausona, Urgel, Cerdeña, Besalís y Conflent. Mas todo esto nos parece corresponder más al mito que a la Historia, y éste le vemos encarnado en la leyenda de Juan Garín, cuya existencia real niega Próspero Bofarull y Mascaró en su obra *Los Condes de Barcelona, vindicados*. Admite, sin embargo, Bofarull, la existencia de Riguilda, personaje femenino de la leyenda. Este nombre empieza a sonar con un sentido religioso e histórico en el siglo XIV. La leyenda gira en torno a personajes reales. Así, vemos cómo Sunyer, hijo del Conde Wifredo, hace una donación al Monasterio de Ripoll en sufragio del alma de su hermana Riguilda.

Las referencias más antiguas del ermitaño Garín aun más que en las letras se hallan en la plástica. En una moldura de una casa de Barcelona y en unas tablas pintadas del año 1238 en el Monasterio, en la que se reproducían escenas de la vida del ermitaño, con explicación en lemosín o catalán primitivo. De un libro antiguo saca Fray Antonio Domenech la *Vida del bienaventurado Fray Juan Garín, hermitaño,* vida que recoge un *Flos sanctorum* catalán en 1602.

En realidad, la leyenda corresponde a un fuerte sentido popular, y se ve transmitida oralmente en el curso del tiempo, antes de que el Arzobispo Marca, en su *Disertación sobre el origen y el proceso dul culto que se tributa a la Virgen de Montserrat*, la refiera a documentos guardados en el archivo del Monasterio, sin consignar la época ni el nombre del Conde, que pudiera situarla cronológicamente. Esta imprecisión en el dato histórico da a los poetas, que en las distintas épocas la divulgan escrita, una gran libertad, aunque casi todos la sitúan en la época de Wifredo el Velloso, haciéndola coincidir con la expulsión de los árabes del territorio catalán y con la aparición de la imagen de la Virgen en aquellas montañas.

La primera historia de Montserrat la escribe el P. Burgos; pero la sugestión literaria del paisaje y de los acontecimientos fabulosos desarrollados en este recinto, conmueven los muros españoles durante la Edad Media. Los romeros de Montserrat, como los de Santiago, dan temas a los trovadores, y el Rey Sabio, en sus *Cantigas,* dedica a esta Virgen tiernos versos. El Canciller Pedro López de Ayala, escribe:

Ir prometo a Montserrat
y allí facer mi canción.

Todas estas sugestiones literarias están íntimamente ligadas a la leyenda de Juan Garín y a tantos temas con relación al cenobio, calamidades, milagros y romerías que se registran en el *Llibre vermell.* Entre estas peñas fantásticas se escribe el *Exercitatorio de la vida espiritual,* del P. Cisneros, que tan honda huella dejó en San Ignacio, en la maravillosa trayectoria de Montserrat a Manresa. Pero, en realidad, la leyenda de Garín toma empaque literario en el siglo XVI con el antecedente latino, en sonoros exámetros de Antonio Brench, escrito en Valladolid en 1543, y el poema castellano de Virnés, de aliento renacentista, en el que no son ajenas las influencias de Virgilio, Ariosto y Tasso.

* * *

He aquí, sucintamente, la leyenda, tal como brota de la fuente popular:

Una hija del Conde de Barcelona, Wifredo el Velloso, llamada Riguilda, de doce años de edad, aparece un día con un espíritu maligno en el cuerpo. Un ermitaño, de nombre Juan Garín, se halla en los montes de Montserrat con fama de santidad, y al Conde le recomiendan que lleve allí a su hija para que Garín la desposea del espíritu del mal. Mas le dicen que, una vez curada, ha de permanecer con el ermitaño una semana para consolidar el milagro.

Allí la lleva el Conde con un gran acompañamiento de corte, y aunque el ermitaño se resiste, la deja con él, bajando a Monistrol, con su acompañamiento, en espera de que se obre el prodigio.

Garín, retirado a la soledad después de una vida guerrera y disipada, al sentir cerca de sí a Riquilda, adolescente, de una belleza prodigiosa, siente imperiosamente la tentación de poseerla. Después de una gran lucha, no puede resistirla y consuma el nefando atropello, como impulsado por una fuerza infernal. Una vez realizado, aún más que el arrepentimiento, el ver derrumbarse su fama de ser extraordinario, al que la devoción popular le atribuye facultades sobrenaturales, piensa en el modo de borrar las huellas de su vituperable debilidad. En un proceso terrible, que acaba en un

movimiento de locura, degüella a la muchacha y la sepulta en la roca, para borrar todo vestigio del delito.

Teme, sin embargo, que su crimen se descubra, y en un impulso de arrepentimiento, decide huir de la montaña y marchar a Roma para confesarse con el Papa y cumplir la penitencia que éste le señale. Después de grandes vicisitudes en el viaje, consigue que el Papa le reciba, y éste le impone por penitencia que vuelva a la montaña y que viva en ella como un animal, sin elevar los ojos al cielo y comiendo no más que hierbas.

De esta manera inhumana vive en Montserrat Juan Garín siete años. Hallándose en este lugar de cacería el Conde Wifredo, unos monteros descubren al penitente, tomándole por una rara alimaña desconocida. No le matan, sin embargo, y sujetándole con cadenas, le presentan al soberano como una presa que no se ajusta a la forma normal de aquellos lugares. Este le lleva a su palacio de Valdaura y le aposenta con sus caballos.

En un gran banquete con motivo del alumbramiento de la hija del Conde, Winidilda, como se hable del fabuloso animal, que han recogido, le hacen subir al salón de la fiesta para que le vean los cortesanos, y todos se maravillan de él y le arrojan huevos para que coma, y se divierten azuzándole. Mas en el curso de estos juegos, el hijo del Conde, Mirón, que no cuenta sino tres meses y se halla en brazos de su nodriza, ante el asombro de todos, habla de la siguiente manera: «Levántate, Juan Garín, que el Señor te ha perdonado.» Juan Garín obedece, se incorpora cobrando la posición humana, cuenta su pecado con todos los pormenores, y el Conde Wifredo, asombrado por el prodigio, le perdona.

Le llevan luego a Montserrat para que Juan Garín descubra el lugar donde está sepultada Riquildis, con el objeto de conducir solemnemente los restos a la Catedral de Barcelona. El ermitaño, ya recobrado íntegramente su ser, indica exactamente el sitio, obrándose entonces el prodigio. La Princesa está viva, reproduciéndose el mito de la Bella Durmiente del bosque. El tiempo no ha pasado sobre su belleza y su inocencia, y allí mismo hace promesa de no volver al mundo y de quedarse en la montaña para siempre, fundando un Monasterio de la Orden Benedictina.

Cristóbal de Virnés, soldado y poeta, natural de Valencia (1550-1609), más famoso por sus terroríficas tragedias que por su poema de *Monserrate*, a mi modo de ver con injusticia, toma la leyenda de Garín, seguramente, después de haberla leído en latín, en el poema de Antonio Brenach y lanzá al mundo literario, con no menos garbo poético que Barahona de Soto, Ercilla o Bernardo de Balbuena, la maravillosa tragedia de Juan Garín, infundiéndola en sonoras octavas reales el espíritu realista peculiar del Renacimiento. En este poema, junto a no pocos prosaísmos y vulgaridades, se descubren estrofas de verdadero aliento poético, que, cuando fueron escritas, sonarían a novedad revolucionaria, y muy especialmente las que dedica a la Virgen recién aparecida.

Empieza Virnés centrando cronológicamente la leyenda:

... Ocho siglos y medio desde el día
que el humanado Redentor piadoso
salió del sacro claustro de María.

Situado Juan Garín en las montañas de Montserrat, haciendo vida de soledad y penitencia, se ve rondado por el Diablo «El príncipe furioso del Averno», dice Virnés, y el Diablo, en un lenguaje realista, se desespera por no encontrar resortes suficientes para la tentación de Juan Garín. El no concibe que pueda tanto

... un vil ermitañuelo, que no sabe
si hay más mundo que un monte y una cueva.

En este diabólico comentario, Virnés parece apartarse de la tradición de que Garín se ha retirado allí después de una gran lucha mundana.

El Diablo llama a sus auxiliares Cocito y Flegetonte, y el primero le da la misión de ir a Barcelona y aposentarse dentro del espíritu de la hija del Conde Jofré, y al otro, el de quedarse en el monte para no dejar un punto de reposo al ermitaño.

Planteada así la tentación, sigue desarrollándose la leyenda tal como aparece en la versión popular. Llega la Princesa con su padre y el séquito, y el ermitaño se defiende de que se quede con él.

Era la virgen tierna y delicada,
un ángel en aviso y hermosura.

Virnés, para hacer más verosímil y humana la tentación, hace que la Princesa tenga dieciséis años.

Surge después la tentación, que ingenuamente se resume en los siguientes versos:

No es de espantar que, a fuerza de belleza,
resista mal nuestra mortal flaqueza.

Es el propio Flegetonte quien, disfrazado de ermitaño, aconseja a Garín, después de su pecado, dar muerte a la Princesa para que su fama no padezca. Garín comete el crimen, e inmediatamente descubre al falso ermitaño, y cae sobre él la verdad monstruosa del hecho que ha realizado. Vaga como un loco por la montaña y decide escapar hasta Roma para confesar su crimen ante el Papa.

Virnés se detiene minuciosamente en el viaje del ermitaño y en las vicisitudes que durante él pasa. Embarca en el puerto de Rosas y llega a Marsella, en donde visita un monumento a María Magdalena. Provenza, Génova, Toscana..., una tempestad le hace naufragar y logra salvarse, no sin haber luchado con corsarios. De las costas africanas pasa a las italianas, disponiéndose a hacer el viaje a pie. El Enemigo, sin embargo, no le abandona, persiguiéndole con sus tentaciones. Cae en poder de unos salteadores. Permanece en una mazmorra algún tiempo y logra salvarse de nuevo. Ya cerca de Roma está a punto de perecer por la violencia de una tempestad. Llega, al fin, a Roma y solicita audiencia del Papa.

El Papa, sacro León, cuarto en el nombre,

le confiesa y le dice que vuelva al día siguiente a recibir la penitencia. Esta, como corresponde a la leyenda, consiste en que ha de volver a Montserrat.

Como andan los terretres animales,
a cuatro pies...

Le vaticina, asimismo, que ha de cazarle el Conde Jofré, y que un niño de tres meses le ha de dar la señal del perdón.

Sale de Roma el penitente raro
su rara penitencia comenzando,
y de este modo llega a Monserrate.

Siete años después le descubre en una cacería don Jofré el Velloso, y todo ocurre después tal como se dice en la leyenda. El niño de tres meses, en el banquete,

Dijo: «Dios quiere ya que se levante,
Garín, tu rostro al ser que antes tenía,
Que ya tu penitencia es acabada
y tu culpa del todo perdonada.»

La gran variante en el poema de Virnés se halla en que, una vez recogido Garín por los Cazadores, empiezan a ver los pastores, en cierto lugar de la montaña, y precisamente los sábados, un vuelo de ángeles. El Obispo de Manresa quiere presenciar el prodigio, y así llegan a la cueva, donde encuentran la imagen de la Virgen.

Un sagrado retrato de María
halla el Obispo venturoso dentro
de aquel bendito y venerable centro.

Llevan la Virgen en procesión, y al llegar al sitio donde actualmente está el santuario, cobra la imagen un gran peso, como si fuese un ancla clavada en la tierra, y el Obispo traduce el prodigio como un signo de que la Virgen no quiere que se la mueva de allí.

El poema de Virnés, de una potente línea renacentista, aun en sus mismas caídas prosaicas, corresponde más a la épica que a la mística, siquiera los más inspirados sean los versos que dedica a la Virgen; pero hay que reconocer que, a partir de este poema, es cuando la leyenda de Garín se hace literaria, y en el curso del tiempo, multitud de poetas tratan de unir el horror de la tentación de Garín con el paisaje, y todo ello en el ambiente milagroso de la Virgen aparecida en una cueva. La influencia, pues, de Virnés en las versiones sucesivas es evidente. Y no sólo en las más próximas a él, sino en las más remotas, las del siglo XIX, la de Verdaguer:

De Montserrat en los cingles,
per ser del cel mes aprop,
set anys ha fe vida d'angel
un valenciá molt devot.

El valenciano devoto es Garín, y, asimismo, la de Maragall, y las

castellanas del Duque de Rivas, y de Zorrilla. Ver éstas con un sentido romántico que contrasta con el aliento renacentista de Virnés. La leyenda de Zorrilla se titula *La azucena silvestre*. Esta azucena es la hija del Conde de Barcelona, también violentada por Guarino. Después de su crimen, éste vuelve al Diablo, preso de la desesperación y el espanto, y le dice:

¡Maldito el día que nacer me vió!
¡Maldito el día que nacer me vió!

Después de la penitencia, cuando el hijo del Conde rompe a hablar ante el asombro de la corte, devuelve la humanidad del ermitaño con las siguientes palabras:

Levántate, Guarino; harto te abona,
en el juicio de Dios y tu conciencia,
tu larga penitencia;
vuelve, pues, a tu ser, Dios te perdona.

Las dos variantes de la leyenda en el poema de Zorrilla son en el origen, que la doncella no tiene los demonios en el cuerpo, sino que está ciega y Guarino le devuelve la vista, y en el final, que en el lugar donde fué enterrada la Princesa, nace una azucena, cuya raíz brota de la garganta de la hija de Wifredo.

Y de aquel montecillo en la altura,
cubierta de verdura
fresca, olorosa, amena,
brotaba una purísima azucena;
la cual, aunque era flor sola y silvestre,
más que en jardín cuidado,
brillaba, hermosa, en su rincón campestre,
que estaba, con su aroma, perfumado.

Entre las versiones modernas es muy curiosa también la de la ópera de Bretón titulada *Garín*. El libreto de esta ópera es del poeta italiano Fezcal. Farinelli, en su ensayo sobre Montserrat, alude de pasada a un drama italiano con este tema, sin recordar, en el momento de escribir, ni el nombre, ni el autor. ¿Puede ser Fezcal el

autor de este drama o más bien haberse inspirado en él para su libreto? La idea de musicalizar Garín, ¿partió de Bretón o del poeta italiano? Lo cierto es que el tema, por sus efectos melodramáticos, se adapta perfectamente a la concepción musical, y no solamente el tema, sino el mismo escenario, en el que algunos creen que se produce la leyenda del Santo Grial, y que, desde luego, es un maravilloso fondo wagneriano.

Comienza la ópera con un coro, delante del cual pasa Witilda cogiendo flores, que comenta si estará enamorada o endemoniada. El Conde Wifredo, preocupado por el estado de su hija, quiere consultar el caso con el Obispo de Barcelona.

Llegan Tendo y Aldo, acompañados de caballeros y frailes, y comunican al Conde la opinión del Obispo Teodomiro, que es que la Princesa debe acudir a Garín y orar con él nueve días. El Conde accede.

Tendo revela el odio que siente por Garín a causa de que, antes de hacerse penitente, sedujo a su esposa y le venció a él en un duelo. Aldo, paje de Wifredo, ama a Witilda en secreto, y ésta le corresponde. Mas el amante la comunica el temor de que la quieren casar con el rico Lotario. Ambos dan en este momento alas a su pasión, y Aldo pide a Witilda que interese a Garín en su amores.

El acto segundo transcurre en las cimas de Montserrat.

Garín, que es el tenor, sale de su gruta, y entona un himno a la Naturaleza de tipo wagneriano. Aparece Tendo, que nuevamente manifiesta su odio hacia Garín, y llega el Conde con Witilda y el séquito. El Conde ruega al ermitaño que se quede con Witilda durante nueve días, y todos se alejan, dejando solos a la Princesa y Garín.

El acto tercero transcurre en la gruta. Llega Aldo, porque es el último día que Witilda estará con Garín. Hay una tempestad, y la Princesa y Garín entran en la gruta para guarecerse de ella. Esta descubre sus amores a Garín, y en un rapto de su pasión se desmaya en brazos del ermitaño. Garín desaparece con Witilda, realiza su crimen, y arroja el cuerpo de la Princesa desde una roca al abismo. Tendo y Aldo han visto arrojar a Garín a la Princesa, y al increparle Tendo, éste descubre que Garín es el padre de Aldo, y Garín cae desplomado. Aldo se arroja al abismo con ánimo de salvar a Witilda.

En el acto cuarto los aldeanos celebran la elevación del Monasterio. Witilda va a ser esposa del Señor. Garín está ciego. Aldo dice a Witilda que debe de perdonar a Garín porque es su padre. Witilda le perdona y Garín muere. Witilda se despide de Aldo hasta el cielo.

De todas las versiones de la leyenda, es ésta la que desvirtúa más el carácter primitivo. No se ve la tentación infernal, ni el arrepentimiento del ermitaño, ni la penitencia que le impone el Papa, ni los siete años en que Garín vive como bestia, ni el perdón que le llega de labios de un niño de tres meses. En la ópera se quiere humanizar el tipo del ermitaño, haciéndole en la juventud un libertino y justificando su flaqueza en este antecedente. El eje religioso de la tragedia de Garín se halla precisamente en la lucha de las fuerzas infernales en el espíritu de Riquildis y en el espíritu de Garín. La tentación es el gran impulso del drama, y como consecuencia de la lucha, el triunfo del arrepentimiento y la penitencia. En la ópera de Bretón, el melodrama no pasa de la superficie, y en él no se toman de la leyenda sino puros motivos exteriores. La hondura del tema se halla en la lucha del ermitaño con su conciencia, en su caída terrible, y en su triunfo final, después de siete años convertido en alimaña del bosque, sin comer otra cosa que hierbas y raíces, y sin elevar la vista al cielo.

Desde luego, puede afirmarse que Bretón, aun conociendo la leyenda, desconocía el drama español en que se teatraliza la vida del monje Garín, pues de haberle conocido, seguramente se hubiese apoyado en él para componer su partitura.

* * *

Llegamos, al fin, a lo que me sirvió de punto de partida para hacer este somero estudio, y es el drama español de fines del siglo XVII o principios del XVIII, *El monstruo de Cataluña y peñas de Montserrat, Fray Juan Garín.* La obra es, sin duda, muy poco conocida, y, desde luego, no conozco de ella estudio ninguno. Nos hallamos ante una de tantas comedias anónimas, perdida en el fárrago del copioso teatro español, a la que sólo por azar puede llegar una atención crítica, siquiera en este caso el interés del tema, uno de los más apasio-

nantes de la tradición catalana, bien merecía el estudio y el análisis.

La única edición que conozco, y quizá la única que exista de esta comedia, aparece impresa en Barcelona, sin fecha y sin nombre del autor. Al final una sola nota: «Barcelona: Por Juan Francisco Piferrer, impresor de S. M.; véndese en su librería, administrada por Juan Sellent.» ¿Puede ser el autor de esta comedia Fermín del Rey? Nos impulsa a esta duda el que éste sea el autor de la *Comedia nueva. Defensa de Barcelona por la más fuerte amazona.* Obra que corresponde también al ciclo legendario de Wifredo el Velloso, y en la que apunta un exaltado nacionalismo catalán, que corresponde al mismo tono que el que advertimos en *El monstruo de Cataluña.* Por otra parte, analizado el estilo, el tono y la intención, *La defensa de Barcelona,* editada por Juan Serra y Centené, impresor y librero, en la baxada de la Canonja, parece posterior.

El monstruo de Cataluña, en muchos de su pasajes, nos recuerda demasiado el cetro y la medida de Calderón y puede corresponder perfectamente al período de finales del XVII, en que Calderón es el modelo de nuestro teatro clásico más seguido e imitado. Los dos antecedentes más definidos que vemos en esta comedia son, en el XVI, Mira de Mescua, en *El esclavo del demonio,* y en el XVII, Calderón, en *El mágico prodigioso,* y aun más en *La vida es sueño,* ya que Juan Garín, en esta comedia, se nos presenta como un Segismundo, y en él el simbolismo de la penitencia se da también en «un compuesto de hombre y fiera», como en el héroe calderoniano. La influencia de Virnés, en cuanto al desarrollo del asunto, es también evidente, mas en *El monstruo de Cataluña* se involucra el drama religioso de la aparición de la Virgen con el teológico de la culpa y la penitencia en el alma del ermitaño Garín, y con el histórico, que corresponde a la época de Carlos el Calvo y los albores de la liberación e independencia de Cataluña.

La comedia irrumpe como una nota de gran espectáculo. Una selva corta, y en ella surge un dragón que escupe fuego, del que baja Asmodeo. Viene en este comienzo la influencia calderoniana, hasta el punto que pudieran atribuirse estos versos al propio Calderón. Asmodeo, desde el dragón, dice:

Espantoso dragón, que con intento
de que se incendie la región del viento,
la inundas de volcanes, que el abismo
te prestó para copia de sí mismo;
ya que permiso da el Omnipotente
de que venga yo a ser del Penitente,
retirado prodigio de estas peñas,
espugnador astuto, que halagüeñas
baterías poniéndole, destruya
la fortaleza de la virtud suya.

Se apea el dragón y despide al fantástico animal con los siguientes versos:

Vuelve a surcar la esfera, ¡bate, bate!
—pues a la vista estoy de Monserrate—,
la tortuosa cola, y vuela a donde
la monarquía de Luzbel se esconde.

En este momento se marcha el dragón y se descubre todo el panorama de Montserrat. Asmodeo cuenta en llena romance la vida de Garín:

Juan Garí o Guarín, valiente
catalán, soldado un tiempo,
que cobarde ser no pudo
soldado catalán siendo.

Es curiosa esta nota un poco pueril de catalanismo en labios del Demonio, dando a Garín, que, según la leyenda, es valenciano, ciudadanía catalana. Después de advertir que tras su vida guerrera hace penitencia en aquel lugar, vuelve Asmodeo al giro culterano de su métrica inicial:

Aquí, en el cóncavo, breve,
obscuro, frío bostezo
de un peñasco, aun para cueva
muy reducido terreno...

es donde se halla el ermitaño, y Asmodeo confiesa que le ha enviado allí Lucifer para que, disfrazado de ermitaño, tiente a Garín, en

tanto que ha mandado el diablo Astarot a Barcelona para que penetre en el cuerpo de Riquilda, la adolescente hija de Wifredo. Para comenzar Asmodeo a probar sus dotes de tentador, quiere ensayar una tentación presentándole la imagen de un combate de las huestes de Wifredo contra la morisma, que lucha en el cerco de Vich. Comienza, pues, a representarse una batalla en la que los cristianos llevan la peor parte, y ésta ha de aparecer como un sueño en la mente del ermitaño, que, al escuchar el estruendo de las armas, sale de su cueva como si estuviese soñando, no dando crédito a lo que ven sus ojos. Esta salida recuerda no poco a la de Segismundo, al escuchar pasos humanos cerca de su prisión. He aquí el monólogo de Garín, también de aliento calderoniano:

Amada quietud mía,
¿qué confusión guerrera,
qué bélica armonía
te perturba y altera?
¿Cuándo escuchó rumores de combate
la dulce soledad de Monserrate?
Aquí, que solamente
con cláusulas suaves,
oyes canoramente
trinar multitud de aves,
acompañadas del susurro lento
que los árboles forman con el viento.
Aquí, que hasta la fiera
desmiente sus rigores,
y agujas de la esfera,
coronados de flores,
los peñascos parecen que respiran,
gracias al cielo de que en paz se miran.
¿Aquí pudo la guerra
entrar, ni a los oídos
del que al mundo los cierra,
y a sus gustos mentidos,
y los ojos aparte de él, huyendo,
puede llegar el belicoso estruendo?

Continúa la visión bélica, en la que los árabes resultan vencedores contra el ejército de Wifredo y Pedro Alemany. Asmodeo contempla los efectos de la tentación, y ve cómo el ermitaño se dispone a lanzarse en defensa de las huestes derrotadas. En este momento aparece en escena Lamparón, el gracioso de la comedia, muy parecido al Clarín de *La vida es sueño*, y que para que la semejanza sea mayor, termina en criado del Conde de Barcelona. Este personaje saca a Garín de su alucinación, volviéndole a la realidad. Lamparón, que es santero y atiende a los ermitaños como lego, viene de Monistrol para anunciar a Garín que Wifredo el Velloso sube al monte en su busca.

A poco, aparecen en escena el Conde con su hija Riquilda y acompañamiento de damas y caballeros. Riquilda se muestra enfurecida, dando pruebas de la infernal posesión. He aquí sus primeras palabras:

... Dejad, dejad
que desquicie de su centro
esos riscos, hasta que,
sucesivamente, puestos
unos sobre otros, rasgando
los celestes paralelos,
logre despeñar conmigo
otra porción de luceros.

He aquí la observación del gracioso:

... ¡Qué lindo!
Endemoniada tenemos
¿Mas qué mujer hay que no
tenga el demonio en el cuerpo?

El Conde expone a Garín su propósito, y éste, después de humildes protestas, acaba por acceder y se dispone a influir sobre Riquilda para liberarla del espíritu maligno. La escena es de singular interés. El Demonio habla por boca de la Princesa, defendiéndose de la influencia de Garín, y éste le persuade con misteriosa dialéctica para que abandone el precioso cuerpo de Riquilda. He aquí las últimas palabras de Riquilda, no bien Garín ha pronunciado el nombre de Dios:

... Ese triunfo
te ha de costar muchos riesgos.
Vencísteme, Guarín, tiemble
de mí todo el Universo.

En este momento se desencadena una terrible tempestad, y Riquilda cae desmayada. Vuelve en sí, poco a poco, la Princesa, ya restablecida en su ser natural, y sus primeras palabras son de gratitud para Garín, y mirando a los circunstantes, como sorprendida de que estén allí, pregunta cuál es la causa de la ausencia de su hermano Wifredo. El Conde aprovecha la ocasión para decir que su hijo, acompañado de Pedro Alemany, salió a campaña contra Mohamet Alí, que se titula Rey de Vich.

Llegan entonces Ramón Folch y Armengol de Moncada, quienes le traen nuevas del Rey de Francia Carlos el Calvo, quien le pide soldados para luchar contra los normandos. Moncada entrega la petición:

... Señor; está toda
la Francia en terrible aprieto
si Cataluña y su Conde
no van allá luego, luego,
a volver por el honor
del Monarca.

La victoria que el hijo del Conde ha tenido sobre los árabes, apoderándose de Vich, le permite a Wifredo prometer al Rey de Francia enviarle los refuerzos que solicita.

Esta divagación histórica y guerrera rompe el interés de la acción principal, mas ella prepara el tono nacionalista de la comedia.

El Conde ruega a Garín que se quede con él Riquilda hasta que, pueda devolverla curada. El ermitaño se resiste hasta que al fin accede, quedándose en la montaña ésta, sin otra compañía que una doncella, y prometiendo el Conde que los enviará alimentos desde Monistrol. Se aleja Garín con la Princesa, y Asmodeo, sólo en escena, comienza la tentación. Para esto se disfraza de ermitaño. Garín termina confesando al falso ermitaño la extraña pasión que le inspira Riquilda, al mismo tiempo que ésta confiesa a su don-

cella que, en presencia de Garín, siente una fuerte atracción. Garín, antes de marcharse a la cueva donde está Riquilda, dice:

No sé; que entre cobardía,
ceguedad, amor, peligro,
respeto, conocimiento,
ocasión y desvarío,
¿qué he de hacer sino caer
de un abismo en otro abismo?

Queda solo Asmodeo satisfecho de su victoria, y describe a qué extremos lleva Garín su desenfrenado arrebato. A poco vuelve el ermitaño horrorizado por la bárbara acción que acaba de realizar. Riquilda, ante los impetuosos extremos de Garín, se ha desmayado.

Si postrando del candor
más puro el fuerte castillo,
a su pesar, y a favor
de un desmayo o paroxismo
que la trastornó en estatua
cándida de mármol frío.

Asmodeo, entonces, le afea el pecado; mas le dice que éste, con la penitencia, podrá perdonarle Dios, mas no le perdonará nunca el mundo, y toda la fama de santidad de Garín se vendrá al suelo. Juan Garín, ya poseído del Demonio, va accediendo a cuanto éste le sugiere, y termina tomando un arma, decidido a matar a Riquilda para que nadie sepa su abyección. Al tomar el arma, dice:

Venga. En cada pie parece
que muevo un monte, ¡hado impío!,
pues para acción tan infame,
para insulto tan indigno,
me prestas valor, sin duda,
de alguna fiera soy hijo.

Garín lleva a Asmodeo al lugar donde la Princesa aparece degollada.

Mírala desde su blanco
cuello desatados ríos
de sangre correr.

La ocultan en las rocas; mas teme Garín que allí sea descubierta, y entonces Asmodeo desencadena una tempestad y hace que una roca, desgajada de la montaña, sirva de losa sepulcral.

ASMODEO

Yo le haré tan escondido,
que cuando le busques llegues
aun a dudarle tú mismo.

GARÍN

¿Pues cómo?

ASMODEO

Haciendo mordaza
de aquesta boca este risco.

La tempestad continúa cada vez más terrible, y se escuchan por el bosque las voces de los criados del Conde que llaman a Riquilda. Garín, entonces, comprende que todo ha sido obra del Demonio. La razón le vuelve y, en la vergüenza de su arrepentimiento, se decide a marchar a Roma, a impetrar el perdón del Papa. La acotación final del acto es la siguiente: «Oyese enteramente la tempestad de truenos y relámpagos, y concluye la jornada al compás de los dos últimos versos de Guarín, con la confusión de las voces.» He aquí los versos:

...y yo,
vaya a Roma fugitivo,
que sea mi penitencia
admiración de los siglos.

La acotación que describe el decorado del segundo acto es digna de anotarse. «Vista del puerto marítimo. Al lado izquierdo, monte elevado, con caseríos por la parte de tierra, escarpado por la del mar, que le combate, y en lo alto, torre de viseo o atalaya, señalando armada de levante con su emparesado. Al lado derecho, fuerte batido del mar, con torre de linterna, y viene desde lo último, cortando las olas, Asmodeo, sobre un pez verdinegro, echando llamas por boca y narices, y, apeado de él Asmodeo, se sumerge el pez en el mar.»

Esta minuciosidad descriptiva coloca esta comedia en la avanzada escenográfica del siglo XVIII, de la que Comella ha de sacar tanto partido en obras intermedias entre la truculencia y la magia. Es curioso descubrir la ingenua mecánica de esta escenografía. Así, por ejemplo, leemos en otra acotación: «... Por la puerta derecha van saliendo ocho bastidores portátiles, pintados de toda clase de gente, que se distribuirán por el tablado.»

Asmodeo pone en antecedentes de su obra infernal y de cómo el Conde piensa que su hija y Garín han sido arrebatados por una fuerza diabólica. Entran después en escena marineros, payeses y pueblo llano, que son los personajes que aparecen pintados en los bastidores, con algunos auténticos, que completan el cuadro de multitud, y todos reunidos, entonan la siguiente canción:

Vingui en bon hora
el Compte estimat,
tan ben vingut sia
com es desitjat.
Faralá raló,
faralá ralá,
que de goig de veure
tot hom boix está.
Vingui, vingui, vingui
el Compte estimat.

Aparece el Conde con su séquito, entre músicas y aclamaciones, y adelantándose al proscenio, recita los siguientes versos:

Ya está aquí vuestro Conde, catalanes,
no para descansar de los afanes
que por el Rey de padecer acabo
de cruces en el mar, calor y escarchas,
que he tolerado en las prolijas marchas
desde Flandes a Francia y de Marsella
a esta de España la ciudad más bella,
la que es envidia de los reinos todos,
primera corte de los Reyes godos;

la que feliz idea se pregona
de la misma hermosura, Barcelona.

El Conde abraza a su hijo Wifredo y a su sobrina Garsenda, enamorada de éste. Hablan de la situación militar y política para subrayar el mérito de la victoria sobre los árabes, a pesar de que el Rey de Francia no les ha podido enviar refuerzos. Llega Moncada, quien anuncia al Conde que todo está dispuesto para recibirle en la la ciudad. Mas éste dice que antes de entrar en ella ha de dar gracias a Dios en la iglesia mayor.

... No he querido
ser de ningún cuerpo ilustre recibido,
hasta que a Dios las gracias le haya dado
en la iglesia mayor y venerado
el santo cuerpo de la catalana
Eulalia mártir, ya que aplaude ufana
mi gratitud, que sea siglo de oro
mi edad, por la invención de tal tesoro.

Wifredo, el hijo del Conde, dice que el moro, rendido, no tiene otro refugio que Montserrat, y que es preciso echarle de allí. En este momento entra Asmodeo disfrazado de paje. Rinde pleitesía al al Conde y le dice que le trae una nueva interesante. Es ésta la de que Riquilda y Garín viven juntos en una cueva de Montserrat.

Se ve después un campamento africano, al que llega Asmodeo. En él están Mohamed y Otomir, y el Diablo les dice cómo, disfrazado de aldeano, ha conseguido que el Conde, por rescatar a Riquilda, vaya con sus huestes a Montserrat, donde los árabes le podrán preparar una emboscada.

Aparece de nuevo el bosque de Montserrat, y en él surge Garín. He aquí la acotación: «Va saliendo Juan Garín andando como cuadrúpedo, con manos y rodillas, vestido con botarga de oso, el pelo tendido sobre el rostro y barba muy prolija, negra.» Asmodeo, desde la sombra, le dirige. Garín se lamenta de su estado, y aún el recuerdo de Riquilda alienta en su alma. Contempla el sitio donde escondió el cuerpo de la Princesa.

... se esconde
aquella ajada flor, ¡oh mustia estrella!,
de Riquilda aquel risco el cuerpo sella.
Mas huir de aquí intento,
que aunque el ardor mitiga,
el común enemigo,
de un leve pensamiento
aún las cenizas muertas de un olvido,
el calor que hubo en ellas ha encendido.

Asmodeo hace que Garín escuche la voz de Riquilda, como si aún viviese. Garín duda si aquello es realidad o sueño, y Asmodeo comenta:

Quien desconfía de sí,
de caer está muy cerca.

Llega el Conde con gran acompañamiento de armas, y Garín huye, horrorizado. Aparece Asmodeo, quien dice que ha buscado a Garín por todas las grutas y no ha podido encontrar de él sino su traje de ermitaño. Pero que, en cambio, ha descubierto una extraña fiera, que es necesario cazar. Garín huye de la persecución hasta que, al fin, los servidores del Conde le cercan con venablos. El Conde dice que no le maten ni le hagan daño. De allí, el Conde y acompañamiento guerrero, van en socorro de Manresa. Se ve después el campo de Manresa y en él una gran batalla, en la que el ejército del Conde obtiene fulminante victoria. A ésta ha contribuído el caballo alado de San Jorge, que ha cruzado maravillosamente la escena. He aquí los últimos versos del acto:

MONCADA

Catalanes, decir todos,
desde hoy, por deuda forzosa,
San Jorge, San Jorge, siempre
que entréis a lidiar con tropas
mahometanas.

WIFREDO

Y, entre tanto,
al son de cajas y trompas,
decid que viva y que triunfe
el Conde de Barcelona.

TODOS

Viva y triunfe, triunfe y viva
el Conde de Barcelona.

En el tercer acto aparece un salón de palacio dispuesto para un banquete. Llega allí el hijo del Conde Wifredo, quien trae la nueva de la aparición de la Virgen de Montserrat. Dice cómo los pastores veían caer una lluvia de estrellas sobre determinado sitio. Cómo dan cuenta del prodigio al Obispo y cómo descubren en una gruta la imagen. Describe minuciosamente la imagen:

Pero en vano pintar sigo
pasmos de mi entendimiento,
pues no cabe tal portento
en todo lo que no digo.
Sólo a la piedad obligo
a que de ir a verla trate,
pues nadie habrá que relate
—bien las luces lo decían—
las peñas de Montserrate.

Mahomed, prisionero del Conde, que ha escuchado el maravilloso relato, dice:

Aun siendo moro me alegro
de oír favores tan altos
en cultos de a quien le da
mi alcorán elogios varios.

Entre el regocijo general, el gracioso Lamparón pide permiso al Conde para recitar un soneto, del que todos han de decir la última palabra de cada verso:

Si vas a Montserrat, ves per Sant—Lluch,
que not picará el sol per mesquet—Toch,
no vagues ab Calés, gasta mes—Poch,
ves com una pagesa sobre un—Ruch.
Veurás allí unas perlas com un—Truch,
las esmeraldas com un plat de—Foch,
los diamants mes gros que un gran—Roch
y entre las llantías mira la del—Duch.
Si pujas a la ermita del bon—Grech,
com molt no facias lo xerrich—Xerrach;
veurás Pinsá que pren pinyo a lo—Dech,
de la ma del que va vestí de un—Sach.
Altres cosas veurás que jo no—Aplech,
porque no caben en aquest—Buyrach.

En seguida empieza el banquete, que preside el Conde Wifredo, y en el que participa el prisionero Mahomed. En un extremo de la mesa se halla el niño Mirón, hijo menor del Conde, que en la comedia, en aras de la verosimilitud, no tiene tres meses, como reza la leyenda, sino mayor edad. Su particularidad, que ya se ha subrayado en el curso de la comedia, es la de ser mudo. El muchacho no pronuncia más que monosílabos.

Comenzado el banquete, el Conde ordena a su criado Lamparón que suba allí para admiración de los invitados, la rara alimaña que cazaron en Montserrat. El Conde advierte:

Es de la Naturaleza
el prodigio más extraño
que habréis visto, y lo que más
a todos tiene admirados
es su mansedumbre, siendo
tan espantoso.

Y, más adelante, una de las damas advierte:

El niño suele jugar
con él, se pone a caballo
en él, como si un cordero

fuera, y él le hace agasajos
muy ajenos de su bruta
ferocidad.

Aparece Garín conducido por Lamparón, y el pequeño Mirón le acaricia y le da de comer pan. Y en este punto, el niño da un golpe en la mesa, y, ante el asombro de todos, rompe a hablar:

Levántate, Juan Guarín,
que ya Dios te ha perdonado.

¿Qué es esto?, pregunta Mahomed. Y Garín, que se ha puesto de pie, contesta:

Esto es que cuando Dios quiere
por sus divinos arcanos,
habla da a los mudos y hace
a tiernos infantes sabios.

Confiesa después Garín ante todos su pecado, su arrepentimiento y su penitencia, y el Conde le perdona.

¿Cómo faltando al cristiano
ser, que en mis venas se informa,
pudiera yo castigar
a quien el cielo perdona?

Mas le pide a Garín que le acompañe al monte y le muestre el lugar donde se encuentra el cadáver de su hija. Vuelve a aparecer la montaña, y en ella Asmodeo, desesperado por el perdón de Garín. Se retira al escuchar cánticos y músicas, que anuncian que viene tropel de gentes a visitar la imagen de la Virgen. Aparece Pedro Alemany, Gobernador de Manresa, y delante de él, cantando y bailando, con los trajes del pueblo, hombres y mujeres. Es singularmente curiosa la canción popular catalana que entonan:

Minyonas manresanas,
pujem a Montserrat,
veurem de Cataluña
la perla celestial.

Canta tú, Pona;
balla tú, Blay,
que a qui li fa obsequis,
favors ella fa.

Tratan de perturbar la fiesta Asmodeo, con unos moros que muestran los alfanjes desnudos a quienes hace frente Allemany; pero surge un peregrino misterioso, que saca del bordón una espada, a ser posible de fuego, dice la acotación, y pone en fuga a los enemigos, que desaparecen por varios escotillones. Se aleja el pueblo con la siguiente canción:

Visca la perla de Montserrat,
consoladora dels catalans.
Visca la perla y amem allá

Surge el sitio de la selva donde fué sepultada Riquilda, y Garín muestra el lugar. Mas como no es posible mover la piedra, se pide que vengan los operarios que están construyendo la basílica. Una mujer del pueblo canta:

... Vinguin
per pals y totes les altres
ferramentas, y al traball.

El coro canta:

Treballau, fadrins;
minyons, treballau;
que qui no treballa
no guaña jornal.

Cae, al fin, el peñasco a pedazos, y dentro de él aparece Riquilda, de rodillas, orando, con la señal de la cuchilla en el cuello.

Riquilda muestra el deseo de quedarse allí, cerca de la Virgen, y de construir un Monasterio al lado del templo. Y transcribamos el desenlace de la comedia:

CONDE

... y serás,
de mis ascéticas madres,
tú la primera abadesa.

ALEMANY

Señor, aquí, en Monserrate,
clausura de religiosas
fundar es muy reparable
por los riesgos.

CONDE

Si después
que muera mi hija se hallaren
inconvenientes, harán
mis sucesores que pasen
a poseerle los mismos
monjes de Ripoll y bajen
a San Pedro de las Pueblas,
de donde salieron antes.
sus religiosas.

ALEMANY

Por esa
determinación te alabe
el mundo, señor.

GUARÍN

Y yo,
justo es que mi vida acabe
sirviendo en él a la Aurora
Divina de Monserrate.

* * *

Evidentemente hallamos en esta comedia la versión literaria más profundamente popular de la leyenda de Garín. La obra quizá no resista a un análisis profundo; pero su lectura nos ofrece un tema interesante para estudiar los diversos elementos que constituyen el teatro clásico español.

El hecho de que aparezca como anónima una comedia que tuvo que tener éxito y popularidad muy grandes en Cataluña, nos hace

pensar que es obra de colaboración, o aún más bien, que está refundida en una comedia antigua, de la época de Calderón, no debemos olvidar el paso de Calderón por Cataluña. El refundidor no hace sino desvirtuar el sentido teológico de la comedia primitiva, añadiéndola episodios de carácter guerrero y notas de tipo popular, acentuando la exaltación nacionalista, incluso adicionándola versos y canciones en catalán. Desde luego, podemos afirmar que la comedia no es de la misma mano, y de ahí las caídas frecuentes de lo sublime a lo ridículo, y, cuando no, a lo pueril, y de lo maravilloso, la aparición, por ejemplo, de Asmodeo en el primer cuadro, a la magia inocente, cuando el misterioso peregrino de la tercera jornada saca del bordón una espada de fuego y arroja por escotillón al Diablo y a los moros que van a perturbar el culto de la Virgen.

Esta misma desigualdad se encuentra en los versos. Algunos, de un elevado culteranismo, que nos acerca a Góngora y Calderón, y otros, de una ramplonería lamentable. Aún hemos de notar algunos que parecen de una tercera mano, como los que recita el hijo del Conde Wifredo para describir la imagen de la Virgen, y que son de un delicioso lirismo.

Mas en esta misma desigualdad de concepción y de estro, hallamos en la comedia un profundo encanto, ofreciéndosenos como una antología completa de cuanto el pueblo, en una fantasía de siglos, ha creado en torno a la maravilla de Montserrat.

FRANCISCO DE COSSÍO